

por el bien de su grey, lo que no hizo algún otro pastor: y que por sacarnos de entre los dientes del lobo, consintió que hiciesen en Él presa los lobos.

Y sea lo cuarto, que es así PASTOR, que es pasto también: y que su apacentar es darse á sí á sus ovejas. Porque el regir Cristo á los suyos, y el llevarlos al pasto, no es otra cosa sino hacer que se lance en ellos, y que se embeba, y que se incorpore su vida. Y hacer que con encendimientos fieles de caridad les traspasen sus ovejas á sus entrañas, en las cuales traspasado, muda Él sus ovejas en sí. Porque cebándose ellas de Él, se desnudan á sí, de sí mismas; y se visten de sus cualidades de Cristo; y creciendo con este dichoso pasto el ganado, viene por sus pasos contados á ser con su PASTOR una cosa. Y finalmente como otros nombres y oficios le convengan á Cristo, ó desde algún principio, ó hasta un cierto fin, ó según algún tiempo; este nombre de PASTOR en Él carece de término. Porque antes que naciese en la carne, apacentó á las criaturas luégo que salieron á luz: porque Él gobierna y sustenta las cosas, y Él mismo da cebo á los ángeles, y todo espera de Él su mantenimiento á su tiempo, como en el Salmo se dice (Ps. ciii, v. 27). Y ni más ni menos nacido ya hombre, con su espíritu y con su carne apacienta á los hombres; y luégo que subió al cielo, llovió sobre el suelo su cebo; y luégo, y agora, y después, y en todos los tiempos y horas, secreta y maravillosamente, y por mil maneras los ceba: en el suelo los apacienta, y en el cielo será también su PASTOR, cuando alla los llevare, y en cuanto se revolvieren los siglos, y en cuanto vivieren sus ovejas, que vivirán eternamente con Él, Él vivirá en ellas, comunicándoles su misma vida, hecho su PASTOR y su pasto.—Y calló Marcelo aquí, significando á Sabino que pasase adelante, que luégo desplegó el papel, y leyó.

## §. VII.

Se le da á Cristo el nombre de MONTE; que significa este en la Escritura, y por qué se le atribuye á Cristo.

Llámase Cristo MONTE, como en el capítulo segundo de Daniel, adonde se dice (Dan. cap. ii, vv. 34, 35.): *Que la piedra que hirió en los piés de la estatua, que vió el Rey de Babilonia, y la desmenuzó y deshizo, se convirtió en un monte muy grande que ocupaba toda la tierra.* Y en el capítulo segundo de Isaias (Isai. cap. ii, v. 2.): Y en los postreros dias será establecido el MONTE de la casa del Señor sobre la cumbre de de todos los montes. Y en el Salmo sesenta y siete (Ps. lxxvii, vv. 16, 17). El MONTE de Dios monte enricado, y lleno de grosura.

Y en leyendo esto cesó.—Y dijo Juliano luégo: Pues que este vuestro papel, Marcelo, tiene la condición de Pitágoras (1), que dice, y no da razón de lo que dice; justo será que nos la deis vos por él. Porque los lugares que agora alega, mayormente los dos postreros, algunos podrían dudar si hablan de Cristo ó no.—Muchos dicen muchas cosas, respondió Marcelo, pero el papel siguió lo más cierto y lo mejor; porque en el lugar de Isaias casi no hay palabra, así en él, como en lo que le antecede, ó se le sigue, que no señale á Cristo como con el dedo. Lo primero dice: *En los dias postreros*; y como sabéis lo postrero de los dias, ó los dias postreros en la santa Escritura, es nombre que se da al tiempo en que Cristo vino, como se parece en la profecía de Jacob, en el capítulo último (Gen. c. xlix, v. 1.) del libro de la creación, y en otros muchos lugares. Porque el tiempo de su venida, en el cual juntamente con Cristo comenzó á nacer la luz del Evangelio, y el espacio que dura el movimiento de esta luz, que es el espacio de su predicación, que va como un sol cercando el mundo, y pasando de unas naciones en otras: así que todo el discurso, y suceso, y duración de aqueste alum-

(1) No tanto debe decirse esto de Pitágoras, como de sus discípulos, los cuales veneraban de suerte á su maestro, que preguntados por la razón de alguna proposición, no daban otra sino que Pitágoras lo decía así.

bramiento se llama un día, porque es como el nacimiento y vuelta que da el sol en un día; y llámase postrero día, porque en acabando el sol del Evangelio su curso, que será en habiendo amanecido á todas las tierras, como este sol amanece, no ha de sucederle otro día. *Y será predicado*, dice Cristo (Matth. cap. XXIV, v. 14.). *aqueste Evangelio por todo el mundo, y luego vendrá el fin.*

Demás de esto dice: *Será establecido*: y la palabra original significa un establecer y afirmar no mudable, ni como si dijésemos, movedizo ó sujeto á las injurias y vueltas del tiempo. Y así en el Salmo con esta misma palabra se dice (Ps. CII, v. 19.): *El Señor afirmó su trono sobre los cielos*. Pues qué monte otro hay, ó qué grandeza no sujeta á mudanza, sino es Cristo solo, cuyo reino no tiene fin, como dijo á la Virgen (Luc. cap. 1, v. 32.) el ángel? Pues qué se sigue tras esto? *El MONTE*, dice, *de la casa del Señor*. Adonde la una palabra es como declaración de la otra: como diciendo, el MONTE, esto es, la casa del Señor. La cual casa entre todas por excelencia es Cristo nuestro Redentor, en quien reposa y mora Dios enteramente, como es escrito (Ad Colos. cap. II, v. 9.): *En él cual reposa todo lo lleno de la divinidad*. Y dice más: *Sobre la cumbre de los montes*; que es cosa que solamente de Cristo se puede con verdad decir. Porque monte en la Escritura, y en la secreta manera de hablar, de que en ella usa el Espíritu santo, significa todo lo eminente, ó en poder temporal, como son los príncipes, ó en virtud y saber espiritual, como son los profetas y los prelados: y decir montes sin limitación, es decir todos los montes, ó (como se entiende de un artículo que está en el primer texto (1) en aqueste lugar) es decir los montes más señalados de todos así por alteza de sitio, como por otras cualidades y condiciones suyas. Y decir que será establecido sobre todos los montes, no es decir solamente que este monte es más levantado que los demás, sino que está situado sobre la cabeza de todos ellos; por manera que lo más bajo de él está sobrepuesto, á lo que es en ellos más alto.

(1) La palabra hebrea de este lugar de Isaías cap. 2. v. 2. es *Heharim*, los montes, donde como se ve precede el artículo *He*.

Y así juntando con palabras descubiertas todo aquesto que he dicho, resultará de todo ello aquesta sentencia: Que la raíz, ó como llamamos, la falda de este monte, que dice Isaías, esto es lo menos y más humilde de él, tiene debajo de sí á todas las altezas más señaladas y altas que hay, así temporales, como espirituales. Pues qué alteza ó encumbramiento será aqueste tan grande, si Cristo no es? O á qué otro monte de los que Dios tiene, convendrá una semejante grandeza? Veamos lo que la santa Escritura dice, cuando habla con palabras llanas y sencillas de Cristo, y cotejémoslo con los rodeos de aqueste lugar: y si halláremos que ambas partes dicen lo mismo, no dudemos de que es uno mismo aquel de quien hablan. Qué dice David? (Psalm. CIX, vv. 1. 2.) *Dijo el Señor á mi Señor, asíéntate á mi mano derecha, hasta que ponga por escaño de tus piés á tus enemigos*. Y el Apóstol San Pablo (Ad Philipp. cap. 2. v. 10.) *Para que al nombre de Jesús doblen las rodillas todos, así los del cielo, como los de la tierra y los del infierno*. Y el mismo hablando propiamente del misterio de Cristo dice (I. ad Corinth. cap. I, v. 25.) *Lo flaco de Dios que parece, es más valiente que la fortaleza toda. Y lo inconsiderado, más sabio que cuanto los hombres saben*. Pues allí se pone el monte sobre los montes; y aquí la alteza toda del mundo y del infierno por escaño de los piés de Jesucristo. Aquí se le arrodilla lo criado: allí todo lo alto le está sujeto. Aquí su humildad, su desprecio, su cruz se dice ser más sabia y más poderosa que cuanto pueden y saben los hombres: allí la raíz de aquel monte se pone sobre las cumbres de todos los montes.

Así que no debemos dudar de que es Cristo aqueste MONTE de que habla Isaías. Ni ménos de que es aquel de quien canta David en las palabras del Salmo alegado. El cual Salmo todo es manifesta profecía, no de un misterio solo, sino casi de todos aquellos que obró Cristo para nuestra salud. Y es oscuro Salmo al parecer, pero oscuro á los que no dan en la vena del verdadero sentido, y siguen sus imaginaciones propias, con las cuales como no dice el Salmo bien, ni puede decir, para ajustarle con ellas revuelven la letra, y oscurecen y turban la sentencia, y al fin se fatigan en balde: mas al revés, si se toma una vez el hilo de él, y su intento, las mis-

mas cosas se van diciendo, y llamándose unas á otras, y trabándose entre sí con maravilloso artificio. Y lo que toca agora á nuestro propósito (porque sería apartarnos mucho de él, declarara todo el Salmo) así que lo que toca al verso que de este Salmo alega el papel, para entender que el MONTE, de quien el verso habla, es Jesucristo, basta ver lo que luégo se sigue, que es: *Monte en el cual le aplació á Dios morar en él, y cierto morará en él eternamente*. Lo cual si no es de Jesucristo, de ningún otro modo se puede decir. Y son muy de considerar cada una de las palabras, así de este verso, como del verso que le antecede: pero no turbemos ni confundamos el discurso de nuestra razón.

Digamos primero, qué quiere decir que Cristo se llame MONTE: y dicho, y volviendo sobre estos mismos lugares, diremos algo de las cualidades que da en ellos el Espíritu santo á este monte. Pues digo así, que demás de la eminencia señalada que tienen los montes sobre lo demás de la tierra, como Cristo la tiene en cuanto hombre sobre todas las criaturas; la más principal razón por que se llama MONTE; es por la abundancia, ó digámoslo así, por la preñez riquísima de bienes diferentes que atesora, y comprende en sí mismo. Porque, como sabéis, en la lengua hebrea, en que los sagrados libros en su primer origen se escriben (1), la palabra con que el monte se nombra, según el sonido de ella, suena en nuestro castellano, *el preñado*: por manera que los que nosotros llamamos montes, llama el hebreo por nombre propio, preñados. Y dícele aqúeste nombre muy bien, no sólo por la figura que tienen alta y redonda, y como hinchada sobre la tierra, por lo cual parecen el vientre de ella, y no vacío ni flojo vientre, mas lleno y preñado; sino también porque tienen en sí como concebido, y lo paren, y sacan á luz á sus tiempos, casi todo aquello que en la tierra se estima. Producen árboles de diferentes maneras, unos que sirven de madera

(1) Es así de casi todos los del Testamento viejo. Aunque los libros de Tobías, Judith y Daniel fueron escritos primeramente en Caldeo, y algunos lugares de Esdras y Jeremías. El segundo de los Macabeos se escribió en lengua griega. Del nuevo Testamento sólo el Evangelio de san Mateo se escribió en hebreo: los demás en griego.

para los edificios, y otros que con sus frutas mantienen la vida. Paren yerbas más que ninguna otra parte del suelo, de diversos géneros, y de secretas y eficaces virtudes. En los montes por la mayor parte se conciben las fuentes, y los principios de los ríos, que naciendo de allí, y cayendo en los llanos después, y torciendo el paso por ellos, fertilizan y hermosean las tierras. Allí se cria el azogue, y el estaño, y las venas ricas de la plata, y del oro, y de los demás metales todas las minas, las piedras preciosas, y las canteras de las piedras firmes que son más provechosas, con que se fortalecen las ciudades con muros, y se ennoblecen con suntuosos palacios. Y finalmente son como una arca los montes, y como un depósito de todos los mayores tesoros del suelo.

Pues por la misma manera Cristo nuestro Señor, no sólo en cuanto Dios; que según esta razón, por ser el Verbo divino por quien el Padre cria todas las cosas, las tiene todas en sí de mejores quilates y ser que son en sí mismas; mas también según que es hombre, es un MONTE, y un amontonamiento y preñez de todo lo bueno, y provechoso, y deleitoso, y glorioso que en el deseo y en el seno de las criaturas cabe, y de mucho más que no cabe. En Él está el remedio del mundo, y la destrucción del pecado, y la victoria contra el demonio: y las fuentes y mineros de toda la gracia y virtudes, que se derraman por nuestras almas y pechos, y los hacen fértiles, en Él tienen su abundante principio: en Él tienen sus raíces, y de Él nacen y crecen con su virtud, y se visten de hermosura y de fruto las hayas altas, y los soberanos cedros, y los árboles de la mirra, como dicen los Cantares (Cantic. cap. iv. v. 14.) y del incienso, los apóstoles, y los mártires, y profetas, y vírgenes. Él mismo es el sacerdote y el sacrificio, el pastor y el pasto, el doctor y la doctrina, el abogado y el juez, el premio y el que da el premio, la guía y el camino, el médico, la medicina, la riqueza, la luz, la defensa, y el consuelo es Él mismo, y solo Él. En Él tenemos la alegría en las tristezas, el consejo en los casos dudosos, y en los peligrosos y desesperados el amparo y la salud.

Y por obligarnos mas á sí, y porque buscando lo que nos es necesario en otras partes, no nos divirtiésemos de Él, puso en sí la copia y la abundancia, ó si decimos, la tienda y el

mercado, ó será mejor decir, el tesoro abierto y liberal de todo lo que nos es necesario, útil y dulce, así en lo próspero, como en lo adverso, así en la vida, como en la muerte también, así en los años trabajosos de aqueste destierro, como en la vivienda eterna y feliz á do caminamos. Y como el monte alto en la cumbre se toca de nubes, y las traspasa, y parece que llega hasta el cielo; y en las faldas cria viñas y mieses, y da pastos saludables á los ganados: así lo alto y la cabeza de Cristo es Dios, que traspasa los cielos, y es consejos altísimos de sabiduría, adonde no puede arribar ingenio ninguno mortal; mas lo humilde de él, sus palabras llanas, la vida pobre, y sencilla y santísima que morando entre nosotros vivió, las obras que como hombre hizo, y las pasiones y dolores que de los hombres, y por los hombres sufrió, son pastos de vida para sus fieles ovejas. Allí hallamos el trigo que esfuerza el corazón de los hombres; y el vino que les da verdadera alegría; y el ólio hijo de la oliya, y engendrador de la luz, que destierra nuestras tinieblas. *El risco*, dice el Salmo (Psalm. ciii, v. 18.) *es refrigerio de los conejos*. Y en Ti, oh verdadera guarida de los pobrecitos amedrentados, Cristo Jesus! y en Ti, oh amparo dulce y seguro, oh acogida llena de fidelidad! los afligidos y acosados del mundo nos escondemos. Si vertieren agua las nubes, y se abrieren las canales del cielo; y saliendo la mar de madre si anegare las tierras, y sobrepujaren como en el diluvio sobre los montes las aguas; en este MONTE, que se asienta sobre la cumbre de todos los montes, no las tememos. Y si los montes como dice David (Ps. xlv, v. 3.) trastornados de sus lugares cayeren en el corazón de la mar, en este MONTE no mudable enricados carecemos de miedo.

Mas qué hago yo agora? ó adonde me llevará el ardor? Tornemos á nuestro hilo, y ya que habemos dicho el por qué es MONTE Cristo, digamos, según que es MONTE, las cualidades que le da la Escritura. Decía pues Daniel (Dan. c. ii, vv. 34, 35.) que una piedra sacada sin manos hirió en los pies de la estatua, y la piedra creciendo se hizo monte tan grande, que ocupó toda la tierra. En lo cual primeramente entendemos, que este grandísimo monte era primero una pequeña piedra. Y aunque es así que Cristo es llamado piedra por diferentes

razones, pero aquí la piedra dice fortaleza y pequeñez. Y así es cosa digna de considerar, que no cayó hecha monte grande sobre la estatua, y la deshizo, sino hecha piedra pequeña. Porque no usó Cristo, para destruir la alteza y poder tirano del demonio, y la adoración usurpada, y los ídolos que tenía en el mundo, de la grandeza de sus fuerzas; ni derrocó sobre él el brazo y el peso de su divinidad encubierta; sino lo humilde que había en él, y lo bajo, y lo pequeño, su carne santa, y su sangre vertida, y el ser preso, y condenado, y muerto crudelísimamente. Y esa pequeñez, y flaqueza fué fortaleza dura: y toda la soberbia del infierno, y su monarquía quedó rendida á la muerte de Cristo. Por manera que primero fué piedra, y después de piedra monte. Primero se humilló, y humilde venció; y después vencedor glorioso descubrió su claridad, y ocupó la tierra y el cielo con la virtud de su nombre.

Mas lo que el Profeta significó por rodeos, cuán llanamente lo dijo el Apóstol? *El haber subido*, dice hablando de Cristo (Ad Ephes., c. iv, vv. 9 y 10). *qué es, sino por haber descendido primero, hasta lo bajo de la tierra? El que descendió, ese mismo subió sobre todos los cielos, para henchir todas las cosas*. Y en otra parte (Ad Philipp., c. ii, vv. 8 y 9): *Fué hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual ensalzó su nombre Dios sobre todo nombre*. Y como dicen del árbol, que cuanto lanza las raíces más en lo hondo, tanto en lo alto crece, y sube más por el aire; así á la humildad y pequeñez de esta piedra correspondió la grandeza sin medida del monte; y cuanto primero se disminuyó, tanto después fué mayor. Pero acontece, que la piedra que se tira, hace gran golpe aunque sea pequeña, si el brazo que la envía es valiente; y pudiérase por ventura pensar, que si esta piedra pequeña hizo pedazos la estatua, fué por la virtud de alguna fuerza extraña y poderosa que la lanzó. Mas no fué así, ni quiso que se imaginase así el Espíritu santo; y por esta causa añadió, que hirió á la estatua sin manos; conviene á saber, que no la hirió con fuerza mendigada de otro, ni con poder ajeno, sino con el suyo mismo hizo tan señalado golpe.

Porque lo flaco y lo despreciado de Cristo, su pasión y su muerte, aquel humilde escupido y escarnecido fué tan de pie-

dra, quiero decir, tan firme para sufrir, y tan fuerte y duro para herir, que cuanto en el soberbio mundo es tenido por fuerte, no pudo resistir á su golpe, mas antes cayó todo quebrantado y deshecho, como si fuera vidrio delgado. Y aun lo que es más de maravillar, no hirió aquesta piedra la frente de aquel bulto espantable, sino solamente los piés, adónde nunca la herida es mortal: mas sin embargo de esto, con aquel golpe dado en los piés, vinieron á menos los pechos, y hombros, y el cuello, y cabeza de oro. Porque fué así, que el principio del Evangelio, y los primeros golpes que Cristo dió para deshacer la pujanza mundana, fueron en los piés de ella, y en lo que andaba como rastreando en el suelo: en las gentes bajas y viles, así en oficio como en condición. Y heridos estos con la verdad, y vencidos, y quebrados del mundo, y como muertos á él, y puestos debajo la piedra; las cabezas y los pechos, esto es, los sabios y los altos, cayeron todos, unos para sujetarse á la piedra, y otros para quedar quebrados y desmenuzados de ella: unos para dejar su primero y mal ser, y otros para crecer para siempre en su mal. Y así unos destruidos, y otros convertidos, la piedra trasformándose en MONTE, ella sola ocupó todo el mundo.

Es también MONTE hecho, y como nacido de piedra: porque entendamos, que no es terreno ni movedizo este MONTE, ni tal que pueda ser menoscabado ó disminuido en alguna manera. Y con esto pasemos á ver lo demás que decía de él el santo David. *El MONTE*, dice, *del Señor*, MONTE *cuajado*, MONTE *grueso*. Quiere decir, fértil y abundante MONTE, como á la buena tierra solemos llamarla tierra gruesa. Y la condición de la tierra gruesa es ser espesa, y tenaz, y maciza, y no delgada y arenisca; y ser tierra que bebe mucha agua, y que no se anega ó deshace con ella, sino antes la abraza toda en sí, y se engruesa é hinche de jugo: y así después son conformes á aquesta grosura las mieses que produce, espesas y altas, y las cañas gruesas, las espigas grandes.

Bien es verdad, que adonde decimos grueso, el primer texto dice *Basan*, que es nombre propio de un monte llamado así en la Tierra santa, que está de la otra parte del Jordán, en la suerte que cupo á los de Gad y Ruben, y á la mitad de la tribu de Manasé. Pero era señaladamente abundante este

monte, y así nuestro texto, aunque calló el nombre, guardó bien el sentido, y puso la misma sentencia, y en lugar de *Basan* puso *monte grueso*, cual lo es el *Basan*. Pues es Cristo, ni más ni menos, no como arena flaca y movediza, sino como tierra de cuerpo y de tomo, y que bebe y contiene en sí todos los dones del Espíritu Santo, que la Escritura suele muchas veces nombrar con nombres de aguas: y así el fruto que de este monte sale, y las mieses que se crían en él, nos muestran bien á la clara si es grueso y fecundo este monte. De las cuales mieses David, en el Salmo setenta y uno, debajo de la misma figura de trigo, y de mieses, y de frutos del campo, hablando á la letra del reino de Cristo, nos canta diciendo (Ps: 71, v. 16): *Y será de un puñado de trigo echado en la tierra en las cumbres de los montes y el fruto suyo más levantado que el Libano, y por las villas florecerán, como el heno de la tierra*. O, porque en este punto, y diciendo esto me vino á la memoria, quiérola decir como nuestro común amigo lo dijo, traduciendo en verso castellano este Salmo:

.....Oh siglos de oro,  
 Cuando tan sola una  
 Espiga sobre el cerro tal tesoro  
 Producirá sembrada  
 De mieses ondeando, cual la cumbre  
 Del Libano ensalzada (1).  
 Cuando con más largueza y muchedumbre,  
 Que el heno en las ciudades,  
 El trigo crecerá!

Y porque se viese claro que este fruto, que se llama trigo, no es trigo, y que aquesta abundancia no es buena disposición de tierra, ni templanza de cielo clemente, sino que es fruto de justicia, y mieses espirituales nunca antes vistas, que nacen por la virtud de este monte, añade luégo:

.....Por do desplega  
 La fama en mil edades  
 El nombre de este Rey, y al cielo llega.

(1) Al. *nombrada*.